

Las dos reinas apretábanla tanto, una por cada lado, que la tenían en vilo.

—Me levanto para daros las gracias — empezó Alicia.

Y en efecto, se elevó unas cuantas pulgadas, y tuvo que agarrarse al borde de la mesa para no perder el equilibrio.

—¡Ten cuidado! — le gritó la reina blanca asiéndose con ambas manos a las trenzas de Alicia —. ¡Algo va a suceder!...

Y, efectivamente, sucedieron toda clase de cosas. Las velas se elevaron hasta el techo como en una exhibición de fuegos artificiales. Las botellas tomaron cada una dos platos a modo de alas, y con dos tenedores como patas, empezaron a danzar en todas direcciones. —Parecen realmente pájaros — pensaba Alicia, aun en medio de aquella extraña confusión. En aquel momento la niña oyó una risa ronca a su lado y volvióse para ver qué era lo que le pasaba a su vecina, la reina blanca, pero en el lugar de ésta, y sentada en su misma silla, encontróse con la pierna de carnero...

—¡Estoy aquí! — chilló una voz desde la sopera. Alicia dirigió sus ojos hacia allí, y alcanzó a ver la redonda y plácida faz de la reina, quien hacía muecas desde el borde de aquel recipiente, zambulléndose en seguida dentro de la sopa.

No había que perder un momento. Ya varios de los comensales yacían dentro de las fuentes, y el cucharón caminaba sobre la mesa en dirección a Alicia, e impaciente le hacía señas para que se apartara de su camino...

—¡Ya no puedo más! — gritó la niña furiosa.

Y agarrando los bordes del mantel con ambas manos, dió un tirón. ¡Y allá fueron platos, fuentes, botellas, velas y huéspedes, todo hecho añicos sobre el piso!

